

NEW LEFT REVIEW 95

SEGUNDA ÉPOCA

NOVIEMBRE - DICIEMBRE 2015

	ARTÍCULO
WOLFGANG STREECK	¿Por qué el euro divide a Europa?
	NUEVAS MASAS
ZHANNA ANDREASYAN y GEORGI DERLUGUIAN	Protestas por el precio del combustible en Armenia
DANIEL FINN	Las guerras del agua en Irlanda
	ARTÍCULOS
PAIK NAK-CHUNG	El doble proyecto de la modernidad
FREDRIC JAMESON	Una relectura de <i>Vida y destino</i>
CLAUDIO MAGRIS	La novela como criptograma
	CRÍTICA
DYLAN RILEY	¿La propiedad guiando al pueblo?
EMILIE BICKERTON	<i>Just Remember This</i>
TONY WOOD	Las vidas de Dzhughashvili
ROBIN BLACKBURN	Oro blanco, trabajadores negros

La nueva edición de la New Left Review en español se lanza desde la Secretaría de Educación Superior, Ciencia, Tecnología e Innovación y el Instituto de Altos Estudios Nacionales de Ecuador-IAEN

WWW.NEWLEFTREVIEW.ES

© New Left Review Ltd., 2000

© Instituto de Altos Estudios Nacionales (IAEN), 2014, para lengua española

Licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)



INSTITUTO DE ALTOS ESTUDIOS NACIONALES
LA UNIVERSIDAD DE POSGRADO DEL ESTADO



Secretaría de
Educación Superior,
Ciencia, Tecnología e Innovación



traficantes de sueños

[SUSCRÍBETE](#)

FREDRIC JAMESON

UNA RELECTURA DE *VIDA Y DESTINO*

AFIRMAR QUE *Vida y destino* es una novela bélica es retomar todas las viejas comparaciones con *Guerra y paz*, así como confinar el gran libro de Vasili Grossman a los límites de un género, predeciblemente repetitivo, por cierto: Stalingrado significa aquí algo más, como intentaré demostrar¹. Y tampoco es satisfactorio añadirla a la creciente lista de literatura de holocausto, un género del que podría decirse en buena medida lo mismo, pero que es una etiqueta históricamente anacrónica para un libro escrito en la década de 1950. Por otro lado, el traductor al inglés ha interpretado que las innumerables diatribas sobre la libertad incluidas en la novela permiten clasificar a Grossman como un disidente, olvidando la máxima establecida por Adorno de que en una obra las ideas son su materia prima, no su significado, y pasando también por alto que este término no emergió hasta más tarde, en la década de 1960, cuando se tomó prestado de las lenguas occidentales. Sería deseable, en lo posible, disolver estas adiciones propias de la Guerra Fría mediante la adopción de un enfoque más formalista de esta novela histórica acerca de los años 1942-1943. Por ahora, baste observar que los crematorios de Auschwitz entraron en funcionamiento en septiembre de 1941, aproximadamente tres meses después de que los alemanes invadiesen Rusia. El gobierno soviético fue evacuado a Kúibishev en octubre de ese año, mientras que el propio Stalin permanecía en Moscú y dormía de noche en el nivel más profundo del metro. El ejército alemán, que avanzaba en busca de nuevas fuentes de energía en los campos petrolíferos del Cáucaso, llegó a la

¹Vasily Grossman, *Zhizn' i sud'ba*, Lausana, 1980; *Life and Fate* (1985), traducida al inglés e introducida por Robert Chandler, Londres, 2006 [ed. cast.: *Vida y destino*, Barcelona, 2007].

ciudad de Stalingrado, junto al Volga, el 23 de agosto de 1942. La acción de la novela tiene lugar dentro de estas tres coordenadas².

En contradicción con la narrativa se erige la metáfora, que es una especie de desnarrativización, y dentro de la novela como forma hay siempre una tensión —y un dilema para el novelista— entre la percepción poética y el interés narrativo y la atención. Grossman cuadra este círculo al insertar alguna que otra frase *poética* de pasada, donde el lector podría no percatarse en absoluto. De modo que «las lápidas funerarias se erguían como una muchedumbre de inútiles viejos que dejaban a todo el mundo indiferente». También el cuerpo de un soldado, «tan lleno de muerte eterna», y la guerra «golpeó obstinadamente el refugio»; o «las miradas pesadas y atentas de los hombres» sobre Katia, la única mujer en la Casa 6/1; y no hablemos de los paisajes: «Allí donde se erguían los abetos, el olor a hojas muertas y maleza quedaba interrumpido por otro, el de la nota aguda y estridente de la esencia de trementina»; «en el silencio, un árbol se estremecía, asustado por un sueño nocturno»³. Sin embargo, estas percepciones ampliadas no son meros adornos o decoraciones estéticos; están ahí para recordarnos que todo el relato no es cuestión de acción y anotación de hechos y acontecimientos *realistas*, sino, por el contrario, la organización de sendas unidades perceptivas y, por ello, potencialmente poéticas. Múltiples capítulos breves se organizan en secuencias más amplias, cada una de las cuales es una especie de pequeño mundo por derecho propio, con su ritmo y sus tonalidades propios, su temporalidad y su lógica afectiva propias, específico y diferente de todos los demás. Fragmentos de virtuosismo: sí, solo podemos hacerle justicia a Grossman captando de qué manera toda la novela está compuesta por esos fragmentos entretejidos inextricablemente por la guerra y por una red de personajes unidos por la vida y el destino.

La desafortunada misión de Liudmila Sháposhnikova hasta su hijo herido, Tolia, es solo la más distintiva de estas mónadas narrativas (Auschwitz es otra, y la Casa 6/1 de Stalingrado, otra). Ella lleva en su interior un eterno resentimiento por la indiferencia del marido hacia este hijo de un matrimonio anterior, para llegar a cuyo hospital debe tomar el vapor del Volga, rodeada por los abrigos de piel y las estolas de

²Tamara Deutscher hace un excelente análisis de la situación histórica en su original reseña de la traducción incluida en *NLR* 1/163, mayo-junio de 1987.

³V. Grossman, *Life and Fate*, cit., pp. 136, 404, 414, 226, 143, 157 respectivamente [*Vida y destino*, cit., pp. 183, 533, 546, 302, 192, 211 (en adelante, los números de página de la edición castellana se indicarán entre corchetes)].

piel blanca de las esposas de burócratas importantes. Tolia, un muchacho agradable, querido por las enfermeras y el personal, muere después de someterse a la tercera operación, antes de que llegue su madre. El hospital no está preparado para esta porfiada y formidable mujer, que no malgasta su tiempo, sin embargo, en recriminaciones, sino que se abandona al delirio de su propio dolor yaciendo toda la noche sobre la tumba del hijo. Este extenso episodio es a un tiempo lugar de encuentro de toda una serie de personajes agudamente individualizados, y la prolongada, subjetiva y bien tejida pesadilla surrealista de una sola protagonista central.

A veces, de hecho, esta forma de enclave se reduce temporalmente a un presente por completo autosuficiente: no el presente sin futuro de las cámaras de gas, o el vacío de la espera, el miedo, el aislamiento y la incertidumbre, sino un presente completo, una temporalidad completa de la batalla en sí, en la que todo en el mundo, la materialidad y la fuerza, tu propio cuerpo, se contrae en una intensidad que verdaderamente va más allá del tiempo, en la medida en la que no tienes ni idea de cuánto dura, si las palabras breves y las largas tienen ya significado alguno. Pero esto ocurre por alternancia, no mediante una intensificación misteriosa o mística:

Hay una sensación que los participantes en un combate pierden casi por completo: la sensación del tiempo. La chica que ha bailado hasta la madrugada en una fiesta de fin de año no puede decir cuál ha sido su sensación del tiempo, si ha sido larga o, por el contrario, corta [...]. La noche del baile estará llena de acontecimientos efímeros: miradas, fragmentos de música, sonrisas, roces, y cada uno de ellos pasará tan rápido que no dejará en la mente de la chica la sensación de duración en el tiempo. Sin embargo, la suma de estos breves acontecimientos engendra la sensación de un largo intervalo de tiempo que parece abarcar toda la felicidad de la vida humana [...]. Más complejo es el proceso de deformación del tiempo referente a la percepción de la brevedad del mismo y de su duración que se da en el hombre que vive un combate. Allí las cosas van más lejos, allí son incluso las primeras sensaciones individuales las que se ven deformadas, alteradas. Durante el combate los segundos se dilatan, pero las horas se aplastan. La sensación de larga duración se relaciona con acontecimientos fulminantes: el silbido de los proyectiles y las bombas aéreas, las llamaradas de los disparos y las explosiones. La sensación de brevedad se correlaciona con acontecimientos prolongados: cruzar un campo arado bajo el fuego, arrastrarse de una guarida a otra. En cuanto al combate cuerpo a cuerpo, ese tiene lugar fuera del tiempo⁴.

⁴ *Ibid.*, p. 32 [pp. 51-52].

Pero esta indescriptible especificidad dialéctica del combate es solo uno de los tonos básicos específicos con los que Grossman debe dotar a cada uno de sus enclaves narrativos.

Es esta inseparabilidad de lo objetivo y lo subjetivo lo que debemos admirar en Grossman, la extraordinaria habilidad con la que una red de personalidades plenamente realizadas está dotada de la unidad del afecto —lo que Heidegger podría haber denominado *Stimmung*—, que es al mismo tiempo mimesis de una acción. Desearía insistir en que encontramos el mismo dominio formal en las largas discusiones políticas o científicas, que pueden parecer sendas páginas de una común «novela de ideas», hasta que apreciamos en qué medida el momento de torpeza, el error político, la mención embarazosa de un tema o un personaje prohibidos, transforma toda la conversación en un acontecimiento por derecho propio, un todo o una imitación de una acción completa, como podría haber dicho Aristóteles.

Las nociones de realismo y movimiento moderno no son especialmente útiles aquí; y tampoco la consideración lukácsiana de la novela histórica y su héroe «corriente» y testigo parece especialmente pertinente, por la sencilla razón de que no hay «figuras de la historia mundial» en la distancia, a pesar de que tanto Stalin como Hitler hacen su aparición. Lo que acecha como presencia ausente central es el «destino» en sí, la «fuerza misteriosa» que lo gobierna todo y a todo: a veces llamado «la voluntad de Stalin», sin ninguna referencia especialmente personal. A diferencia de esa totalidad ausente, respecto a esa necesidad que todo lo abarca, deben interpretarse las digresiones del autor sobre la libertad. La edición en rústica de la traducción al inglés, editada en 1987, incluye un obscuro elogio de *The Wall Street Journal*, al efecto de que leer el libro «es alcanzar cierta percepción de lo que se siente al no ser libre». A lo que bien podría añadirse que Grossman no muestra interés por el sistema de libre mercado ni por Occidente en general; la mayoría de sus personajes son viejos bolcheviques y, por paradójico que pueda sonar, lo que mantiene su novela como un relato unificado es también lo que mantiene unida la Unión Soviética en este periodo, la falta de libertad que le permitió, con muchas probabilidades en contra, derrotar a la Wehrmacht de Hitler y ganar la Segunda Guerra Mundial.

Nuevos tipos de colectividad

Permítaseme seguir desarrollando esta escandalosa paradoja, hasta que se convierta en la dialéctica en sí. Lo que está aquí más drásticamente representado como la pérdida de libertad son, con seguridad, las escenas de prisión: los campos de concentración, el Gulag, la Lubianka; pero también la propia Stalingrado, que significa encarcelamiento para ambas partes, un asedio mutuo, hasta el movimiento de pinza final de los tanques rusos que sellan el destino del ejército alemán. Pero estos lugares y emplazamientos históricos se reproducen después en diversas formas y tamaños. De ese modo Stalingrado es ejemplarizada en miniatura en la legendaria Casa 6/1, en la que unos cuantos soldados soviéticos se encuentran aislados del resto de un ejército con el que están conectados solo por un túnel. Aquí estamos, por así decirlo, fuera de la sociedad oficial, y en un nuevo tipo de colectividad informal que puede o no ser la auténtica. «No le encuentro ni pies ni cabeza a lo que está pasando allí –dice uno de los visitantes. Todos temen a ese Grékov, pero él los trata de igual a igual; duermen hacinados, y él en medio de ellos, le tutean y le llaman Vania. Discúlpeme por lo que voy a decirle, camarada comandante, pero aquello parece más la Comuna de París que una unidad militar»⁵. Otra visita efectuada por uno de los protagonistas clave, el comisario Krímov, un viejo bolchevique y primer marido de Zhenia, la hermana de Liudmila, acaba mal: los habitantes de la casa 6/1 no aprecian los sinceros discursos de Krímov sobre el socialismo y el significado de Stalingrado, al tiempo que él no aprecia la fraternidad «informal» de los soldados ni el misterio de la autoridad personal de Grékov, que los sociólogos no dudarían en denominar carisma sin entenderla en lo más mínimo. Grossman transmite más adelante las estremecedoras contingencias de la guerra comentando de pasada la eliminación final de este enclave por los alemanes.

Pero parte del mismo encierro se evidencia en Kúibishev, adonde ha sido evacuado el gobierno:

La ciudad se había convertido temporalmente en la capital, refugio del Moscú evacuado, con su cuerpo diplomático, el ballet del Teatro Bolshói, sus escritores célebres, sus productores moscovitas y sus periodistas extranjeros.

⁵ *Ibid.*, p. 224 [p. 299].

Todos estos miles de moscovitas vivían en cuchitriles, habitaciones de hotel, residencias, y seguían con sus actividades habituales: los secretarios de Estado, los jefes del gabinete, los directores administrativos daban órdenes a sus subordinados y dirigían la economía del país; los embajadores extraordinarios y plenipotenciarios se desplazaban en coches lujosos a las recepciones con los altos cargos de la política exterior soviética; Ulánova, Lémeshév, Mijáilov entretenían al público del ballet y la ópera; el señor Shapiro, el representante de la agencia United Press, formulaba preguntas insidiosas a Solomón Abrámovich Lozovski, el responsable de la Oficina de Información Soviética, durante las conferencias de prensa; los escritores escribían noticias para radios y periódicos soviéticos y extranjeros; los periodistas se desplazaban a los hospitales para obtener nuevas con las que escribir reportajes sobre la guerra.

Pero la vida de los moscovitas allí era totalmente diferente [...], los directores de los grandes periódicos soviéticos recibían a sus invitados en mesas donde, después de las horas de trabajo, los niños preparaban sus lecciones y las mujeres cosían. En esta mezcla de aparato estatal y bohemia de la evacuación había algo atractivo⁶.

Aquí, esa cosa anónima llamada el gobierno –no exactamente el Estado, como veremos– se ha convertido en una heterogénea población de individuos de toda clase, poco distinta socialmente, en ese aspecto, de los grupos heterogéneos al principio encerrados en sus guetos y después conducidos como ganado en los trenes. En cuanto a su estructura, ambos conjuntos de evacuados son similares: ambos reunidos por una fuerza externa, pero mientras que uno se dirige a un destino indescriptible, el otro le parece a Zhenia de algún modo liberado de las restricciones de la sociedad oficial. Solo mediante una percepción de la ambivalencia fundamental de la dialéctica logramos captar esta dualidad, situada en el centro mismo de la forma de la novela.

Pero articular este rasgo de la dialéctica, que es en muchos aspectos su esencia misma, es un proceso delicado, que confirmará para los enemigos de dicha dialéctica la sensación de que es fundamentalmente inmoral; es cierto que va «más allá del bien y del mal», en la medida en que este constituye muy precisamente una de las oposiciones fundamentales que afirma trascender y superar, situando en el proceso a esos mismos críticos en el espacio de una dogmática puramente moralizante o ética. Porque no es solo en el ámbito lógico donde la dialéctica afirma trascender la ley de no contradicción: en la historia, en la política, también en la ética, su punto de vista impersonal y dolorosamente

⁶ *Ibid.*, p. 105 [pp. 144-145].

indiferente mantiene una identidad de bien y mal, que puede quizá dramatizarse mejor al inicio del *Manifiesto comunista*, en el que Marx afirma simultáneamente la extraordinaria productividad del capital y su ilimitado poder de daño y perjuicio. Este argumento no debe interpretarse en el sentido de que el capital consigue algunas cosas buenas y tiene otras características que son destructivas: por el contrario, plantea la identidad del bien y el mal simultáneamente, dentro de un solo fenómeno. Esa identidad parecería, con suerte, menos escandalosa examinada en el contexto de los fenómenos formales; aun así, quiero resaltar aquí la necesidad de una perspectiva dialéctica, para impedir la conclusión de que la novela de Grossman hace equivaler socialismo y totalitarismo. Es esta una cuestión de forma y, sobre todo, de la forma de la totalidad, de las condiciones sociales previas para la coherencia narrativa y, en última medida, de la relación paradójica entre las dos categorías fundamentales de encierro y colectividad que presiden *Vida y destino* y que se presuponen mutuamente, sin importar lo desagradables que pudieran parecerles a los lectores de una próspera sociedad burguesa occidental.

Podemos seguir este hilo con ayuda de otro análogo en miniatura, presente en una gran cantidad de películas de guerra: es la cocina colectiva, omnipresente en esos espacios atestados:

A Yevguenia Nikoláyevna le resultaba extraño, después de Stalingrado, compartir una pequeña habitación tranquila con una viejecita que no dejaba de asombrarse de cómo una niña con dos trenzas se había convertido en una mujer adulta.

Jenny Guenrjívna vivía en un cuartucho sombrío que en un tiempo había estado destinado al servicio en aquel enorme piso que había pertenecido a unos comerciantes. Ahora en cada habitación vivía una familia, y cada habitación estaba dividida con ayuda de biombo, cortinas, alfombras, respaldos de sofás en rincones y esquinas, donde se dormía, comía, recibía a invitados, y donde la enfermera ponía inyecciones a un anciano paralítico

Por la noche la cocina zumbaba con las voces de los inquilinos.

A Yevguenia Nikoláyevna le gustaba aquella cocina con las bóvedas llenas de hollín y el fuego rojo negro de los hornillos de petróleo. Entre la lencería que se secaba en los cordeles se oía el alboroto de los inquilinos en batas, chaquetones guateados, guerreras. Los cuchillos resplandecían. Las mujeres que estaban lavando arrodilladas ante las tinas y los barreños levantaban nubes de vapor. La amplia cocina nunca se encendía y sus lados recubiertos de azulejos blanquecían fríos como laderas nevadas de un volcán hace tiempo extinguido.

En el apartamento vivía la familia de un estibador que había partido para el frente, un ginecólogo, un ingeniero de una fábrica de armamento, una madre soltera que trabajaba como cajera en una tienda, la viuda de un peluquero caído

en el frente, el administrador de una oficina de correos y, en la habitación más grande, la antigua sala de estar, vivía el director de una policlínica.

El apartamento era espacioso, como una ciudad, e incluso tenía a su lado, un viejecito silencioso con ojos de cachorro manso y amable⁷.

Esa promiscuidad puede ser atractiva («A Yevguenia Nikoláyevna [es pintora] le entraban ganas de retratar no tanto los objetos y los habitantes de la casa como el sentimiento que suscitaban en ella»), pero unos pocos ejemplos de mezquindad, resentimiento y pequeña crueldad bastan para poner también de manifiesto su lado ineludiblemente negativo.

Conversaciones

Este encarcelamiento, esta existencia de enclave, no necesita ser meramente espacial, sin embargo: ¿no es el de la conversación en sí un ejemplo de una forma muy similar? Y así una palabra indolente emitida de pasada (podría hacer referencia a un rumor sobre la captura de Yákov, el hijo mayor de Stalin, por los alemanes, o el comentario ambiguo sobre la supuesta asociación de Krímov «con toda clase de trotskistas y bujarinistas»⁸) revela de repente los límites de la conversación incluso entre amigos:

Hablaba de manera sencilla, sin rebozo, lo hacía con tanta naturalidad como lo habría hecho el director de una fábrica de géneros de punto o el profesor de una escuela técnica. Pero todos comprendían que esta sencillez y libertad solo eran aparentes; Maschuk sabía mejor que nadie de qué se podía hablar y de qué no se debía hablar [...], era consciente de la profundidad oculta bajo la superficie de una conversación viva y animada [...]. Nikolái Teréntievich sabía que aquel incidente trivial, fuera de tono, sería olvidado, pero también sabía que no lo sería del todo⁹.

Pero es también agradable informar de que la autocensura o los límites a la «libertad de expresión» –esencia de las denuncias occidentales de totalitarismo– pueden también convocar recursos inesperados de inventiva e ingenio, como cuando un comisario, también judío, enfrentado a un ataque antisemita contra un miembro del regimiento, convierte el antisemitismo en una corrección antinacionalista de la propia víctima («Me sorprende encontrar la mentalidad del *shtetl* en un miembro del Komsomol»):

⁷ *Ibid.*, p. 100 [pp. 137-138].

⁸ *Ibid.*, pp. 107-108, 106 [pp. 127, 126], respectivamente.

⁹ *Ibid.*, p. 90 [pp. 126, 128].

[Berman] acababa de pronunciar unas palabras que ejercían, inevitablemente, cierto poder hipnótico sobre los hombres. Todos comprendían que Solomatin quería ofender a Korol y lo había logrado, pero Berman explicaba convencido que Korol no se había liberado de los prejuicios nacionalistas y que su conducta manifestaba desprecio respecto a la amistad entre los pueblos. Korol no debía olvidar que eran precisamente los fascistas los que se servían de prejuicios nacionalistas [...]. Todos se movieron y se acomodaron mejor en sus asientos al percatarse de que el asunto había concluido¹⁰.

Pero el antisemitismo no siempre es tan fácil de desviar. Al igual que las líneas ineludibles pero invisibles que unen a toda una población en una situación de asedio proyectan inevitablemente la traición y la suspicacia como lado negativo de la solidaridad forzosa, así también una posibilidad permanente de antisemitismo impregna las relaciones sociales de esta sociedad: «olvidado, pero no del todo»...

Éste es el drama del marido de Liudmila (y cuñado de Zhenia), el físico judío Víktor Shtrum, que de repente hace un descubrimiento fundamental en su exilio en Kazán. La evacuación de su instituto produce otra situación de enclave, en la que –presumiblemente– es la energía atómica la que está en juego. Los cambios de humor de Víktor se encuentran entre los efectos más vívidos de las anotaciones psicológicas de Grossman, provocando el distanciamiento de Liudmila por su indiferencia al destino del hijo de ésta, y del lector, por su autocompasión y narcisismo. El instituto vuelve a Moscú tras la victoria en Stalingrado, y en la cumbre de su triunfo personal Víktor empieza a percibir traición y hostilidad, a través del desprecio a la llamada ciencia occidental, es decir, a la «ciencia judía», la ciencia de Einstein. Un duro periodo de depresión y aislamiento es interrumpido, sin embargo, por una llamada telefónica: «Buenos días, camarada Shtrum». La conocida voz le pregunta con amabilidad por las condiciones de trabajo de su laboratorio y por sus necesidades de investigación. Y enseguida concluye: «Le deseo éxito en el trabajo»¹¹. Pero esta crucial llamada, con el cambio de fortuna que garantiza, tiene la indeseada consecuencia de que a Víktor le piden que firme una denuncia contra uno de sus compañeros: haz como te han hecho a ti. Su angustiada aquiescencia escasamente le garantiza el futuro, porque el lector sabe que el Complot de los Médicos acecha en el horizonte, al final de la guerra.

¹⁰ *Ibid.*, p. 153 [pp. 205, 206].

¹¹ *Ibid.*, p. 746 [p. 970].

«*La voluntad de Stalin*»

Este es el momento de hablar de la «voluntad de Stalin» y la importancia central del Estado. Krímov, detenido después de su misión en Stalingrado, es bien consciente, como viejo bolchevique, comunista de primera generación, del «nuevo tipo de funcionarios del Partido, sustitutos de los miembros liquidados, destituidos o arrinconados en 1937. Era gente con una mentalidad diferente. Leían otros libros y los leían de otra manera; para ser más exactos, los “trabajaban” con esmero [...]. Krímov comprendía que los nuevos y los viejos cuadros del Partido formaban una gran comunidad de ideas e intereses, que no podía haber diferencias, sino solo afinidad, unión. Sin embargo, aquello no le impedía experimentar cierto sentimiento de superioridad respecto a los nuevos hombres, la superioridad del bolchevique leninista [...]. Krímov no se había percatado del sutil cambio, pero ahora la seguridad del juez instructor era la propia de un verdadero comunista»¹².

Siempre recorriendo la obra, al igual que la realidad histórica, se encuentra la tensión entre oficiales y comisarios, esa incómoda separación de poderes heredada de la Revolución Francesa y que expresa la suspicacia de los revolucionarios hacia los expertos: de hecho, el propio Krímov es comisario político, y hemos visto esta tensión en el otro sentido, en la hostilidad de los combatientes reales de la Casa 6/1 enfrentados a su intrusión. Pero ahora él mismo es blanco de un nuevo tipo de comisario, los anónimos «nuevos hombres» jóvenes de 1937 que han sustituido a los camaradas revolucionarios que Stalin comenzaba entonces a liquidar sistemáticamente.

Pero no debemos llamarlos exactamente una nueva burocracia, porque no administran más que terror; al igual que no debemos, en esta novela, sustituir por las explicaciones psicológicas de Stalin (su paranoia, su ansia de poder, etcétera) lo que en mi opinión es el parecer más profundo de Grossman, que una y otra vez detecta el funcionamiento en todos los personajes de una fuerza misteriosa, que tira de ellos y los conduce contra su propia voluntad. Pero esta fuerza, a veces llamada también –por los rusos– «la voluntad de Stalin», no es personal, es el Estado propiamente dicho. «¡Stalin! ¡El gran Stalin! Es probable que tuviera una voluntad de hierro, pero era más débil de carácter que cualquiera. Un esclavo del tiempo y de las circunstancias, resignado y humilde servidor

¹² *Ibid.*, p. 761 [pp. 986-987].

del día de hoy que abre de par en par la puerta de los tiempos nuevos»¹³. Esta omnipresencia en *Vida y destino* del misterioso nuevo poder del Estado en sí es el secreto del parecer manifestado por Grossman de que existe cierta convergencia entre Stalin y Hitler, este último entrevistado solo una vez, en un solitario paseo por una naturaleza que lo desconcierta y lo atemoriza. Lo que ambos representan como figuras alegóricas no es el «totalitarismo» de la ideología liberal de la Guerra Fría, sino, por el contrario, la emergencia histórica de un nuevo Estado industrial todopoderoso; Grossman no es ni trotskista ni disidente, sino anarquista, y es una ofensa tanto estética como política encuadrarlo en el anticomunismo del «mundo libre».

La omnipresente palabra «libertad» caracteriza algo, de igual modo, más complejo que la usual retórica antiestalinista, algo de hecho un poco más cercano a Tolstói (y a su maestro Stendhal), una psicología en la que la personalidad más profunda, más verdaderamente humana, es sumergida y reprimida por los efectos insensibilizadores del Estado. En Tolstói esta represión es la de la sociedad y su sociabilidad artificial, de la que solo los campesinos, en su proximidad a la tierra, están exentos. Aquí, sin embargo, una presión más invisible e irrepresentable solo será detectada indirectamente, en su nuevo despertar. En el pasado, la propia revolución se recuerda como una inmensa explosión de vitalidad humana, que es después domada y superada por la obediencia; una obediencia que «nos habla de una nueva fuerza terrible que triunfó sobre los hombres. La extrema violencia de los sistemas totalitarios demostró ser capaz de paralizar el espíritu humano en continentes enteros»¹⁴.

Es una doctrina de autenticidad, pero diferente de la doctrina de los verdaderos sentimientos planteada por Stendhal, o de la oposición que Tolstói establece entre lo artificial y lo natural: más cercana quizá a nociones sartreanas modernas de una libertad dormida e inconsciente, sobre todo en este sentido, de que es necesario atravesar y destruir con gran dificultad las capas de inautenticidad.

Cambios particulares [Grossman habla del ejército alemán] tomaban forma en la mente y los corazones de los alemanes, hasta entonces embrujados y fascinados por el poder inhumano del Estado nacional. Esos cambios tenían lugar en el subsuelo de la vida humana y por ese motivo los soldados ni siquiera se daban cuenta. Era difícil advertir ese proceso, del mismo modo

¹³ *Ibid.*, p. 826 [p. 1068].

¹⁴ *Ibid.*, p. 198 [p. 262].

que es difícil percibir el trabajo del tiempo. Los tormentos del hambre, los miedos nocturnos, la sensación de la desgracia que se avecinaba comenzaron a liberar, lenta y gradualmente, la libertad en los hombres; estos se humanizaban y en ellos triunfaba la vida sobre la negación de la vida¹⁵.

Humanizarse: este es el amargo secreto de la visión de Grossman. Porque no solo es profundamente ambiguo: los oficiales de Paulus recuperan sus idiosincrasias y sus características personales y egoísmos después de la rendición: «Se habían humanizado, pero de manera desagradable»¹⁶. El proceso significa también sufrimiento, es solo el sufrimiento lo que devuelve una dolorosa vida a las extremidades entumecidas, el que permite a los paralizados por el sofocante poder del Estado revivir, rehumanizarse. Esta convicción –fue claramente la experiencia de Grossman con la gente en ese periodo– no es un vestigio de una noción de redención tradicional. Es mucho más médica y terapéutica; y el remedio –muy trágico– es la propia guerra. Es el tormento de la guerra en ambos bandos el que hace que la superficie de una sociedad artificial y burocrática empiece a resquebrajarse, y que se libere la autenticidad de estas personas, sus agonías personales y los verdaderos sentimientos que radican bajo sus ambiciones, su obediencia, sus cobardías, su temor y asentimiento al Estado.

Guerra convertida en forma

Hasta aquí la visión que Grossman tenía de la historia, y de la mayor guerra que la historia ha visto. Pero necesitamos también ser analíticos con todo esto, e implacablemente formalistas: porque las cuestiones interesantes no solo hacen referencia al contenido del libro, o al inmenso talento de Grossman; quieren sondear la materia de la posibilidad histórica y hacerse cierta idea de cómo un libro como este pudo haberse escrito, para empezar. Y la respuesta es la misma, por supuesto: es la guerra; pero es la guerra vista ahora desde un ángulo peculiar y quizá incluso desagradablemente inhumano. Porque solo el contenido ofrece la posibilidad de la forma; los escritores occidentales no podían escribir así, no por falta de talento propio; y tampoco Tolstói alcanzó esta totalidad narrativa, a pesar de lo extraordinario que fue en otros muchos aspectos.

¹⁵ *Ibid.*, p. 715 [p. 931].

¹⁶ *Ibid.*, p. 785 [p. 1016].

Observemos de nuevo la cocina comunitaria, y las unidades neoclásicas del siglo XVII. La propia realidad debe comprimirse, y encogerse incómodamente sobre sí misma, viviendo sobre sí misma, para que existan unas verdaderas relaciones: nuestros propios parques y nuestras cámaras de vigilancia, las comunidades cerradas de los ricos aislados solo nos dan un puñado de individuos separados, a distancia incluso de sí mismos. El mundo burgués nos da familias en pisos y coches, en intermitente yuxtaposición; incluso sus guerras poco más son que vacaciones mortales. En la guerra soviética, sin embargo, superponiendo la implacable red de relaciones económicas socialistas a aquella, redoblada, del esfuerzo bélico, y de ese macrocosmos al microcosmos de la propia Stalingrado, el otro es omnipresente; no hay intimidación, mucho menos soledad, y todos están atados por las ligaduras del cotilleo tático, la traición y la propia Causa, sin excluir las alegres energías y el orgullo por los logros de dicha Causa. Es solo esta materia prima humana la que permite las nuevas unidades, no meramente de la trama, sino de la totalidad: la totalidad de las relaciones, la totalidad de una naturaleza social encerrada en sí misma, la totalidad de la narración y de la novela como forma. Si todos están relacionados aquí, en el sentido más banal de parentesco y matrimonio, de soldados y oficiales, de pueblo y *vozhda'* [líder], no hay nada que nos sorprenda o nos haga sentir incómodos con el entrecruzamiento arbitrario o la casualidad innecesaria y contingente, con adiciones improbables o soluciones o coincidencias increíbles; todo es coherente, desde Polonia a los Urales, es todo una única experiencia, sublime o repulsiva, una condena o una liberación fortuita, la vida y el destino, el dios de Spinoza.

Como todas las poblaciones que sobreviven hasta el final de la guerra, ya fuesen del Eje o de los Aliados, con o sin cartillas de racionamiento y permisos de residencia, y solo gradualmente dispuestas a abandonar sus hábitos de obediencia, aunque solo sea para buscar comida, estas personas conocen un momento histórico de esperanza colectiva, rápidamente frustrado. La liberación de París, el Reino Unido laborista, la emergencia de los partisanos en toda Europa, el ejército de la Octava Ruta, la vuelta a casa de muchos tipos distintos de soldados, aquí Stalingrado significa algo parecido:

En las ruinas de la ciudad quedaban al descubierto, como por estratos, tres tipos de vida: la preguerra, el periodo de la batalla y el tiempo actual, en que la vida buscaba retomar su rumbo pacífico. La casa que una vez había albergado una tintorería y un pequeño taller de arreglos de ropa tenía las

ventanas tapiadas con ladrillos, y durante los combates, a través de las aspilleras practicadas en las paredes, habían hecho fuego las ametralladoras de una división de granaderos alemana. Ahora, a través de las mismas aspilleras, se distribuía el pan a las mujeres que hacían cola [...]. Y eso de ahí, ¿qué es? —preguntó ella indicando una amplia pared ennegrecida por las llamas, donde se abrían los ojos desencajados de las ventanas.

- Oficinas varias. Lo mejor sería que fueran para la gente.
- Y antes ¿qué había?
- Antes aquí estaba instalado Paulus. Aquí es donde le cogieron.
- ¿Y antes de eso?
- ¿No lo reconoce? Los grandes almacenes¹⁷.

Pero aquí, la breve euforia del final de la guerra es el fin de una tarea, una tarea sobrehumana que absorbe el aliento y las horas de vigilia de todos en todos los bandos. Ahora ya no hay nada que hacer más que sobrevivir; y la inmensa totalidad social histórica de la guerra empieza a vacilar y disolverse. Es lógico que la novela se disuelva con ella.

¹⁷ *Ibid.*, pp. 842-843 [p. 1089].